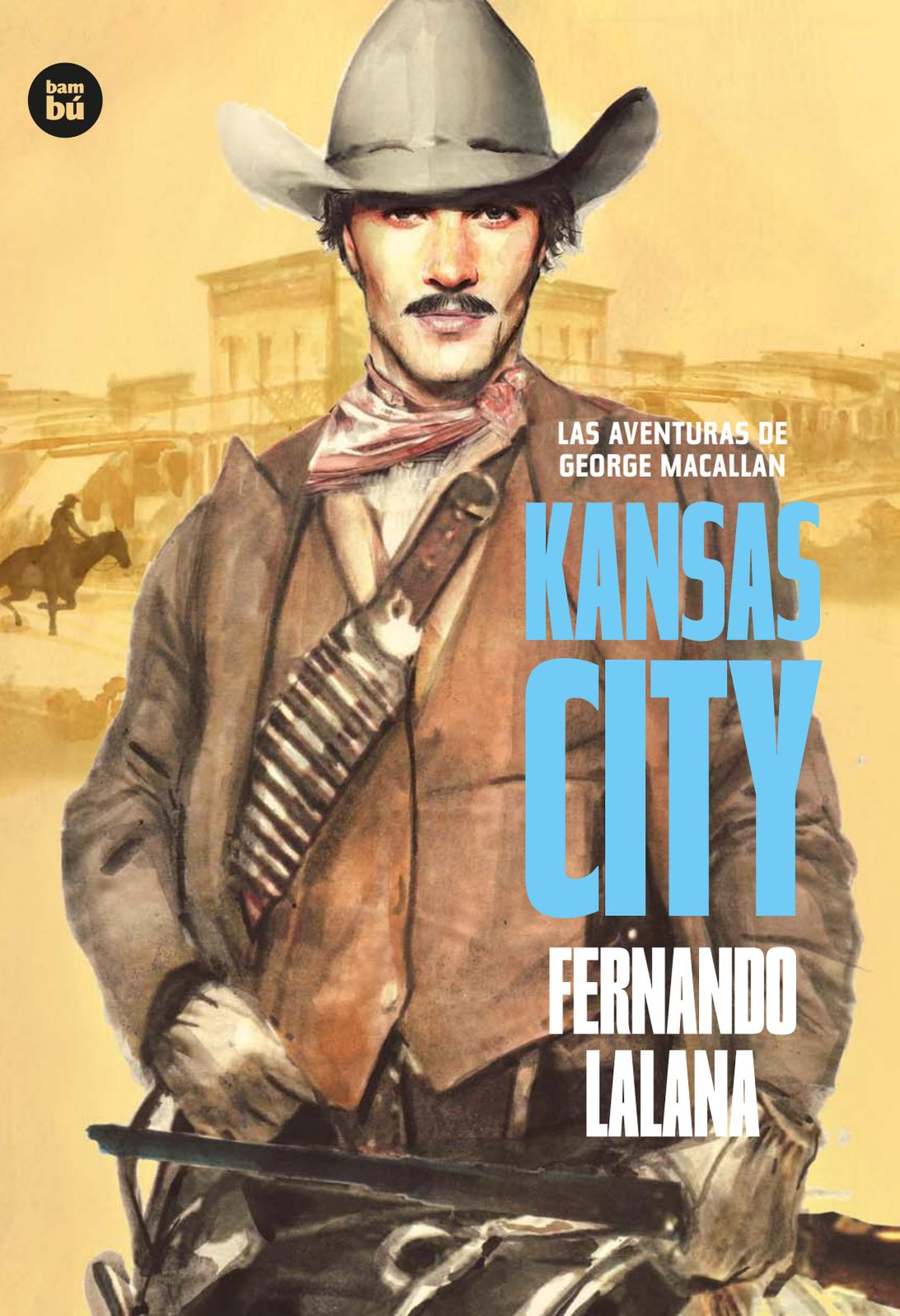




bam
bú



LAS AVENTURAS DE
GEORGE MACALLAN

KANSAS CITY

FERNANDO
LALANA

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2016, Fernando Lalana, por el texto
© 2016, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Berto Martínez
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2016
ISBN: 978-84-8343-407-9
Depósito legal: B-669-2016
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

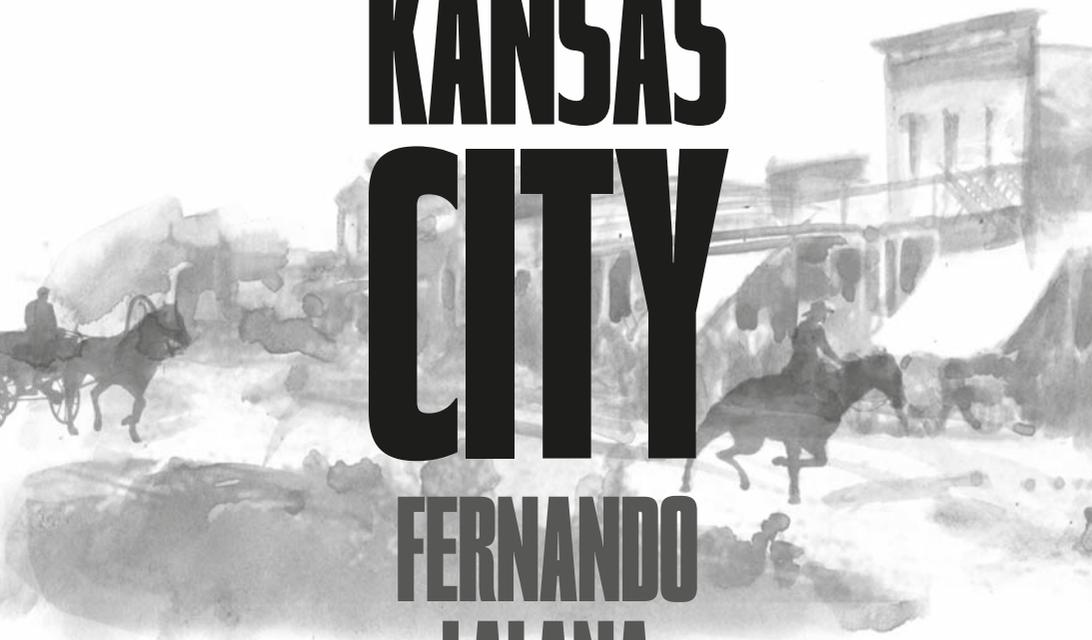
LAS AVENTURAS DE
GEORGE MACALLAN

KANSAS CITY

FERNANDO
LALANA

**bam
bú**

EDITORIAL



Como los hombres y las mujeres nos acostumbramos enseguida a lo bueno, una de las condiciones de la felicidad es que ha de resultar breve. Si la dicha se prolonga en el tiempo, pronto dejaremos de concederle la importancia que merece, llegando incluso a pensar, erróneamente, que la existencia es básicamente bienestar y no desgracia; disfrute y no pesadumbre; y dejaremos de apreciarla en lo que vale.

George Macallan nunca tuvo tiempo de acostumbrarse a la felicidad, de modo que había disfrutado intensamente de los cortos periodos amables que la vida le había proporcionado. Asociaba cada uno de esos periodos a una mujer: Elisabeth Forner, Kate Warne, Norma Talisker y, finalmente, Alicia Camarasa.

Podía recordar otros momentos de esplendor, pero Macallan estaba seguro de que en el instante previo a su muerte, cuando toda su vida pasase apresuradamente an-

te sus ojos, serían esos cuatro rostros de mujer los que se dibujarían nítidamente en su recuerdo. Serían ellas, y solo ellas, las que lo acompañarían en su último parpadeo.

UNO: CHICAGO

— ¡Ahora, Macallan! ¡Vamos, deprisa!

George Macallan, que por un instante se había refugiado en los rostros de las cuatro mujeres de su vida, pareció despertar con aquel grito destemplado. Cada vez se encontraba con más frecuencia pensando en su propia muerte. Eso no podía ser bueno.

Escupió al suelo y se puso en pie.

El aire olía intensamente a pólvora y eso le recordó sus días como soldado. El sonido del mundo regresó de golpe: los relinchos de los caballos, los gritos de terror de las mujeres, los gritos de dolor de los hombres. Los estampidos de los disparos.

Los cinco carromatos habían formado un círculo en torno al cual cabalgaban sobre sus caballos appaloosa, como demonios de piel cobriza, una docena de indios sioux con el rostro y el cuerpo decorados para la guerra. Vivos colores de muerte. Varios de ellos disponían de rifles de re-

petición Winchester y el resto se servían de sus habituales arcos y flechas.

Los pieles rojas aullaban como poseídos, de un modo capaz de poner la piel de gallina a casi cualquier hombre blanco y a todas las mujeres del mundo, incluidas las de su propia raza.

Macallan trató de recordar cuándo había oído aquellos aullidos de combate por primera vez, pero no lo consiguió. El mundo había girado demasiado desde entonces. Casi toda una vida.

Subió al pescante de uno de los carros y disparó sobre los atacantes su precioso revólver Starr, negro pavonado, hasta vaciar el cargador. No se inmutó cuando varias flechas indias pasaron rozándole o silbaron sobre su cabeza; y apenas torció el gesto y apretó los dientes cuando una bala de rifle lo hirió en el hombro derecho y su camisa comenzó a empaparse del rojo de la sangre. Peor suerte tuvo uno de sus compañeros de asedio, alcanzado en el pecho por una flecha india y que cayó aparatosamente a sus pies, entre los desgarrados lamentos de su esposa embarazada.

La muerte del colono permitió a Macallan cambiar su revólver ya descargado por el Colt 45 del recién caído, cuyas seis balas disparó con la técnica del «abanicado», esto es, llevando hacia atrás repetidamente el martillo del arma con la palma de la mano libre. Lo hizo a una velocidad endiablada, que causó admiración.

10 Al terminar, entre azuladas nubes de humo de pólvora que le hicieron toser, pudo ver que la mitad de los indios habían caído de sus monturas, algunos efectuando espectaculares volteretas, y yacían sobre el suelo arenoso.

El resto de los sioux optaron por huir.

Fue entonces cuando el grupo de Macallan, compuesto por cinco hombres, cuatro mujeres y tres niños, se abrazaron unos a otros en torno al pistolero, entre gritos de júbilo y alabanzas al todopoderoso, componiendo sobre una de las carretas un épico cuadro que habría servido perfectamente de modelo para la portada de alguna de las novelas de Zane Grey, de no ser porque en esos momentos Zane Grey aún vestía pantalón corto y faltaba un cuarto de siglo para que publicase sus primeros libros sobre el *far-west*.

Y en ese momento, apareció la banda.

COHETES, BARRAS Y ESTRELLAS

Sus veinticuatro componentes iban vestidos de azul y dorado, con altos gorros rematados por una pluma de guardarrope y, ante el entusiasmo del respetable, atacaron –y derrotaron– la popularísima marcha *Barras y estrellas*. Como atraídos por la música cuales niños de Hamelín, los indios huidos regresaron; los indios caídos se levantaron; entró de nuevo en escena la diligencia, los bandoleros, los Rangers de Texas, el Séptimo de Michigan y los defensores de El Álamo, con Daniel Boone a la cabeza.

Cuando todos ellos se hubieron distribuido adecuadamente, la banda enlazó con habilidad las últimas notas de *Barras y estrellas* con las primeras del himno nacional. Como un solo hombre, los dos mil espectadores se pusieron en pie e, imitando el gesto de los artistas, se llevaron

la mano derecha al pecho. Quienes los conocían desgranaron además, a voz en cuello, los versos que hablan de la bandera que sigue ondeando en su mástil tras toda una noche de bombas y cohetes, hasta alumbrar el amanecer en la tierra de los hombres libres.

Con el final del himno, los aplausos atronaron durante diez minutos el interior de la gigantesca carpa donde acababa de representarse el espectáculo *Los horizontes de una nación*.

Luego, todos se fueron a sus casas, satisfechos.

Casi todos.

PINKERTON

En su propio carromato habilitado como vivienda y camerino, George Macallan se despojó de la camisa manchada de sangre de bote y la arrojó al tonel que acabaría en la lavandería del circo.

Se miró al espejo. La luz era escasa y tuvo que entornar los ojos para enfocar la imagen.

—¿Y tú quién demonios eres? —le preguntó al rostro del espejo, un tipo ya bien entrado en la madurez, con algo más que las sienes plateadas y en el que no se resignaba a reconocerse.

—¿Y quién diablos quiere saberlo? —inquirió, a su vez, el hombre reflejado, con la voz y la tez ajadas por los años.

12 Macallan se encogió de hombros ante sí mismo. Se sonrió.

A continuación, se limpió los restos de pintura roja que le resbalaban desde el hombro hasta el codo y, finalmente,

buscó en el perchero otra camisa limpia y planchada, de color azul claro, idéntica a la utilizada en la función y que la empresa del circo le proporcionaba por lotes de media docena.

Justo cuando acababa de abrocharse el último botón descubrió a su derecha, recortándose sobre el umbral, una figura que le resultó remotamente familiar. Se trataba de un hombre ya mayor, no muy alto pero sí fornido, vestido con anodina elegancia y que lo miraba desde la puerta del carramato con un amago de sonrisa en los labios.

Macallan frunció el ceño, mientras se esforzaba por encontrar en su memoria un nombre asociado a aquel rostro.

Tras una incómoda pausa, de pronto cayó en la cuenta. Como en un juego de imágenes móviles, redujo la larga y poblada barba del sujeto, le añadió un bigote que ahora no usaba, le quitó treinta kilos de peso y veinte años de edad, lo vistió con traje gris y chaleco de rayas, le colocó sobre la cabeza un sombrero hongo.

Y entonces, lo vio claro.

–No puedo creerlo –susurró–. ¡Allan Pinkerton!

Pinkerton rio sonoramente. Macallan se levantó y miró al recién llegado todavía con un punto de incredulidad entre las cejas. Los dos hombres se estrecharon la mano y, tras unos segundos de indecisión, se fundieron en un breve abrazo.

–Soy yo quien no puede creer que hayas caído tan bajo, Mac –afirmó Pinkerton, antes aún de haber completado el saludo–. ¿Qué te ha pasado? Uno de los tipos más listos que he conocido en mi vida, malgastando su existencia y su puntería en un deplorable espectáculo de feria.

–Será deplorable, pero tenemos mucho éxito, que lo sepa. Allá donde vamos, colgamos el cartel de «no hay localidades».

–Eso no lo dudo. La gente siempre desea lo que nunca tendrá. A los del oeste les fascina el estilo de vida de las ciudades del este; a los del este, les asombra la epopeya de los colonos del far-west. Y a todos les encanta codearse con sus héroes, aunque sean de cartón piedra. Pero es indigno que te hagan pasar por un burdo imitador de William Cody. Hiciste por este país cien veces más que el maldito Buffalo Bill. Eres tú y no él quien tendría que protagonizar las novelitas de ese tal Buntline. Pero este es un país de ingratos e ignorantes.

Macallan resopló, simulando azorarse con el halago.

–Sé a qué se refiere, pero le ruego que no me lo recuerde, Pinkerton. Sinceramente, no estoy orgulloso de aquello.

–¡Pues deberías estarlo, diablos! –replicó Pinkerton, con firmeza–. Si La Unión ganó nuestra condenada guerra civil fue en buena medida gracias a ti.

–No diga usted barbaridades, hombre, por Dios, o hará que los muertos en combate se levanten de sus tumbas para exigirle que retire sus palabras.

–¡Si es la pura verdad! A estas alturas, todo el mundo da por sentado que el rumbo de la guerra cambió definitivamente tras la batalla de Gettysburg. Y esa batalla la teníamos más perdida que mi abuela hasta que tú interviniste.

14 –Sí, claro... Por eso aparezco en todos los libros de historia de América –murmuró un Macallan rebotante de sarcasmo.

—¡Los espías no aparecemos en los libros de historia! Nuestras hazañas son secretas y estamos condenados a pasar desapercibidos. Nuestra gloria, en todo caso, se nos reconoce después de la muerte. Convenciste al general Lee de que era preferible asegurar la ciudad y no perseguir a los hombres de Meade en su huida hacia las colinas de Gettysburg. Gracias a eso, nuestras fuerzas pudieron recomponerse y plantear los siguientes días de batalla desde una posición de ventaja. Ahí estuvo la clave de la victoria. Y fuiste tú quien la hizo posible, Mac. Algún día, dentro de cien o de doscientos años, alguien investigará a fondo lo que allí ocurrió y serás elevado a la categoría de héroe indiscutible.

—Más bien a la de discutido traidor.

—Eso no sería justo en modo alguno.

—¡Claro que sí! Traicioné a los míos.

—¡Porque estabas en el bando equivocado! Cuando ves que tus compañeros son los malos, no puedes seguir pres-tándoles tu lealtad. A lo único que has de ser fiel siempre es a tus propias convicciones. De no ser por ti y algunos otros sudistas justos, la esclavitud seguiría siendo legal en este país y seríamos la vergüenza del mundo civilizado. Creía que, en su momento, había conseguido meterte esto en la mollera.

Macallan asintió, mientras bajaba la mirada.

—Sí que lo logró, Pinkerton. Por eso acepté ser su... ¿cómo lo llamamos? ¿Doble espía?

—Agente doble.

—Eso es. ¿Y qué ocurrió? Que, al acabar la guerra, era un héroe para nadie. Traidor para el sur y vergonzoso aliado para el norte. Me lo hicieron pagar bien. ¿Sabe que pasé diez años huyendo de mi destino y dos más entre rejas?

Pinkerton alzó las cejas.

—No. No lo sabía. Lo cierto es que cuando Baker me sustituyó al frente del servicio de inteligencia os perdí la pista a todos mis colaboradores. ¿De qué te acusaron?

—De nada. Eso fue lo peor. Ni acusación ni juicio ni sentencia. Solo una condena por tiempo indefinido. Si no sigo todavía en la cárcel fue por una auténtica carambola del destino. ¿Recuerda al coronel Jasper Daniels?

—Lo recuerdo.

—Convertido en gobernador de Nebraska, pensó que podía ayudarle en cierta investigación y me consiguió la libertad. De eso hace ahora casi siete años.

—¿Y desde entonces has trabajado en este circo?

La mirada de Macallan se volvió instantáneamente soñadora.

—No, qué va... Tras resolver el asunto de Daniels decidí quedarme en Elkhorn, donde viví la etapa más plácida y feliz de mi vida. Incluso llegué a engordar casi tanto como usted regentando un hotel propiedad de una de las mujeres más hermosas que he conocido.

—¿Y... qué ocurrió para que hayas vuelto a tu peso habitual?

Macallan se frotó lentamente la cara con ambas manos antes de responder en tono muy bajo.

—Ella murió.

Pinkerton frunció los labios. Tras un silencio embarazoso, volvió a hablar con tono de funeral.

—Lo siento mucho, Mac. Caray, tengo la sensación de que no has tenido demasiada suerte con las mujeres de tu vida.

—O más bien, ellas no tuvieron suerte conmigo.

Ambos sabían de lo que hablaban. Tras Elisabeth Forner, una novia de adolescencia, el primer gran amor de Macallan fue Kate Warne. Kate trabajaba para Pinkerton y, lo quisiera reconocer o no, el amor que sentía por la primera mujer detective de América contribuyó, y no poco, a que Macallan tomase la decisión de convertirse en agente doble, traicionando a la Confederación. Warne y Macallan vivieron un largo noviazgo durante algo más de seis años, pero, a poco de apagarse los ecos de la contienda, ella falleció de una pulmonía, con tan solo treinta y cuatro años de edad.

—¿La dueña de ese hotel también murió de enfermedad? —quiso saber Pinkerton.

Macallan negó con un gesto vago y la mirada perdida. Luego, su voz sonó como si perteneciese a otro.

—Falleció a causa de algo mucho más corriente que una pulmonía. Murió de un disparo.

Sin otra cosa que su atento silencio, Pinkerton invitó a Macallan a continuar con su relato.

—Unos atracadores de poca monta. Ni siquiera figuraban en los pasquines de la oficina del *sheriff*. Asaltaron el hotel en plena noche. No sé qué podían buscar allí. Entraron en nuestra habitación y abrieron fuego. De haber estado en la cama, también yo estaría muerto, pero acababa de levantarme y tenía el revólver al alcance de la mano. Acabé con ellos, pero no pude evitar... que... mataran a Alicia.

Macallan ahogó un sollozo y Pinkerton, una maldición.

—Mis condolencias, Mac. ¿Cuándo ocurrió?

—Hoy se han cumplido dos años, cinco meses y once días.

—Llevas bien la cuenta.

–Al minuto. Porque ni un minuto he dejado de pensar en ella.

Pinkerton frunció el ceño mientras efectuaba un cálculo.

–Dos años y medio, ¿eh? Eso significa... diciembre del ochenta y uno.

–Así es.

–Es decir, no mucho después de que asesinaran al presidente Garfield. Curioso.

Pinkerton se mordisqueó el labio inferior durante un buen puñado de segundos. De repente, cambió el gesto, echó mano a uno de los bolsillos interiores de su gabán y sacó una pequeña botella de cristal, plana, sin etiqueta, llena hasta el gollete de un aguardiente ambarino. La descorchó y se la tendió al pistolero.

Macallan tomó de una mesa contigua dos vasos pequeños, tan sucios como su conciencia, los llenó hasta el borde, le ofreció uno a Pinkerton y alzó el suyo.

–Por las mujeres –propuso Macallan–, que son lo mejor de este mundo.

–Si exceptuamos el buen *whisky* –completó el hombre gordo.

Vaciaron los vasos y Pinkerton los llenó de nuevo. Volvieron a beber, ahora en silencio.

–He oído comentar que su agencia de detectives es una empresa de éxito –dijo Macallan después.

Pinkerton sonrió, sin poder evitarlo, mientras rellenaba los vasos por segunda vez.

18 –Seguramente, nos va aún mejor de lo que hayas podido oír. El negocio navega viento en popa y estoy abriendo sucursales por buena parte del país. Nuestra fama sigue creciendo.

–Brindo por eso –dijo Macallan, echándose a la boca, una vez más, el contenido del vaso.

Pinkerton repartió entre ambos el resto del *whisky*, mientras desgranaba un largo carraspeo.

–No sé por qué, intuyo que no ha venido solamente para felicitarme por mi actuación –tradujo Macallan, sin esfuerzo–. Vamos, que no ha acudido a presenciar nuestro espectáculo por mera casualidad. ¿Quizá hay algo en especial que quiera decirme?

–¿Ves cómo sigues siendo muy listo? –reconoció Pinkerton.

–Debe de tratarse de algo grave, cuando necesita de tanto *whisky* y tan largos carraspeos para decidirse a hablar.

–Más que grave es importante. Quería proponerte algo y... necesito que me digas que sí.

–En ese caso, no se detenga ahora que ha cogido carrerilla. Siga, hombre, siga.

Pinkerton se mesó las barbas como paso previo.

–Verás... Como te digo, estamos ampliando el negocio con nuevas delegaciones de nuestra agencia de detectives. Cada oficina que abrimos es importante, pero hay algunas por las que siento especial interés. Llevo tiempo buscando al hombre adecuado para dirigir una nueva delegación. Hace tres días cayó en mis manos un folleto de este espectáculo y, al leer tu nombre..., vaya, supe al instante que esa persona a la que buscaba eras tú. No sé cuánto cobras aquí por hacer esta pantomima y disparar con balas de fuego, pero yo te pagaré el doble por dirigir una de mis sucursales y disparar con balas de verdad. El doble, ¿has oído? Además de... algunos incentivos.

–Se lo agradezco, Allan; pero no me interesa.

–¡El triple! –exclamó el detective de inmediato–. Te pagaré el triple. Sin conocer tu sueldo de antemano.

Macallan se echó a reír.

–¡Vamos, Pinkerton! ¿Me toma por un pardillo? Estoy seguro de que ya conoce perfectamente cuál es mi sueldo. Y ya sabrá, por tanto, que se trata de una verdadera miseria.

Pinkerton gruñó como un jabalí.

–Está bien: lo admito. Por eso te voy a pagar el triple. El triple de una miseria ya no es tanta miseria. Vamos, digo yo.

Macallan volvió a negar con la cabeza.

–No soy un hombre ambicioso, el trabajo en el circo es agradable, se viaja mucho y he descubierto el placer que proporciona ser ovacionado por el público. El sueldo es escaso, sí; pero el alojamiento y la comida no me cuestan ni un dólar.

–Conmigo tampoco te costarán nada –contraatacó Pinkerton–. Podrás vivir de balde en el piso que he comprado para la agencia. Es grande y céntrico. Te encantará. Y además te pagaré una dieta diaria para que no tengas que gastar ni un centavo en comida. Ni en bebida. ¿Aceptas?

Macallan se masajeó el puente de la nariz. Los tres vasos de *whisky* empezaban a hacer su efecto. Sentía que le ardían las orejas y no podía dejar de sonreír.

–¿Puedo pensármelo?

–¡Por supuesto que no! Si no me dices que sí ahora mismo, saldré por esa puerta y no volverás a verme nunca más –amenazó Pinkerton, sin sospechar que eso era exactamente lo que sucedería.

Acto seguido, volvió a rebuscar en los bolsillos interiores del gabán. Aquellos bolsillos parecían capaces de contener cualquier cosa: desde el original de la Constitución americana a las tablas de Moisés. Lo que el detective sacó ahora de uno de ellos fue un conjunto de varias hojas de papel dobladas a lo largo y cosidas entre sí con hilo de bramante.

–He traído el contrato para que lo firmemos. Léelo.

–¿Cómo...? ¿Ha traído ya un contrato?

–Estaba seguro de que lo aceptarías. De todos modos, léelo y, si algo no te gusta, lo cambiaremos sobre la marcha.

Macallan se dejó caer en un taburete con el contrato en las manos. Miró la portadilla, apreciando que estaba escrita con una pulcra caligrafía, pero lo hizo con la vista desenfocada, sin llegar a descifrar realmente el contenido de las palabras. En segundo plano, mucho más nítido que las cláusulas contractuales, se le dibujó ante los ojos el rostro enérgico de Kate Warne.

–No necesito leer su contrato, Allan –dijo de pronto–. Confío en usted.

–¿Eso es un sí?

–Lo es.

–¡Espléndido, Mac! Estaba seguro de que aceptarías. ¡No te arrepentirás!

–Aunque, antes de firmar, me gustaría saber a dónde piensa enviarme.

Allan Pinkerton parpadeó.

–Ah, ¿no te lo he dicho aún?

–No se haga el despistado. Debe de tratarse de un lugar peligroso, cuando ha evitado mencionarlo hasta ahora. ¿O cree que no me he dado cuenta?

–Bah, peligroso... ¿Y qué ciudad de nuestro gran país no es peligrosa en estos tiempos? ¿Acaso crees que aquí, en Chicago, no muere gente todos los días?

–Déjese de rodeos y dígame de una vez dónde quiere abrir su nueva delegación.

–¡Donde está el futuro, naturalmente! Dime: ¿cuál es la ciudad del medio oeste que más ha crecido en los últimos años?

–Pues... no sabría decirle...

–¡Kansas City, naturalmente!

Macallan alzó las cejas y lanzó un improperio.

–Sé que tiene mala fama, lo sé –se adelantó Pinkerton, antes de que Macallan pudiese replicarle–, pero te aseguro que no es para tanto. Acabas de decirme que viviste varios años en Elkhorn, ¿no es así? Nebraska y Missouri son estados limítrofes. No puede haber mucha diferencia.

Macallan ladeó la cabeza.

–Si lo que cuentan de Kansas City es cierto, Elkhorn estaría más cerca de parecerse a París.

–¿A París, Texas?

–A París, Francia.

–¡Venga ya! ¿Cuándo has estado tú en Francia?

–Nunca, pero he leído libros...

–¡Pues yo sí he estado en Kansas City y te aseguro que no es para tanto! Sabes de sobra que la muerte acecha en todas partes: aquí, allí, en Chicago, en París, en Kansas...

22 –Supongo que sí, pero es una cuestión de probabilidades. En Chicago sales de tu casa y es posible que mueras, pero lo más probable es que regreses con vida. En Kansas

City sales de casa y es posible que vuelvas con vida, pero lo más probable es que mueras. Eso dicen.

–¡Exageraciones! –exclamó Pinkerton, vehemente–. Yo estuve allí toda una semana, hace tres meses, buscando un lugar donde instalar la agencia. ¡Y aquí me tienes! ¡Vivito y coleando!

Macallan miró a Pinkerton de hito en hito. Seguía siendo el mismo escocés listo, embaucador y convincente que había conocido al principio de la guerra. Hojeó el contrato, deslizando el pulgar derecho por el borde de los pliegos.

–De acuerdo, Pinkerton –accedió Macallan, por fin–. Ya le he dicho que acepto su oferta y no voy a echarme atrás. Voy a pedir pluma y tintero para firmar el contrato.

El detective exhibió una amplia sonrisa, al tiempo que alzaba la mano derecha.

–¡No es necesario! ¡Mira!

Se abrió la levita y, echando mano a otro de sus infinitos bolsillos interiores, sacó un objeto cilíndrico y negro, uno de cuyos extremos desenroscó.

–¿Qué es? –preguntó Macallan.

–¡Algo asombroso! ¡Una pluma que no necesita tintero! –exclamó Pinkerton, con el mismo entusiasmo que habría utilizado para tratar de venderle un caballo cojo.

–¿En serio? ¿Y cómo escribe?

–Lleva dentro su propia tinta, en un depósito. Me llegó ayer mismo desde Nueva York. Acaba de patentarla un agente de seguros de allí, un tipo llamado Waterman.

–Pasmoso.

Se sentaron ambos ante una mesa y extendieron sobre ella el contrato.

–Yo firmaré primero, en señal de buena voluntad –dijo Pinkerton, enarbolando su Waterman Ideal Fountain-Pen–. Original y copia.

Rubricó el margen derecho de todas las hojas y estampó su firma completa en la última página de cada ejemplar del contrato. Luego, le pasó la estilográfica a Macallan, que hizo lo propio. Cuando fue a devolvérsela a su dueño, el detective alzó ambas manos.

–Quédatela, George. Yo voy a encargar hoy mismo varias más a la empresa de ese tal Waterman.

Macallan sonrió y enroscó el capuchón, complacido.

–No se la voy a rechazar. Reconozco que me parece un invento soberbio.

–Claro que lo es. Y un buen detective tiene que contar con un objeto de escritura fiable para tomar sus notas, ¿no te parece?

Macallan asintió.

–¿Estaré solo? –preguntó entonces–. En Kansas City, quiero decir.

–Eso, tú verás. En la cláusula séptima de ese contrato que no te has dignado leer, dice que podrás contratar hasta dos ayudantes en función de la carga de trabajo. Tú me los propones y yo te autorizaré. A partir del tercero, la decisión ya será solo mía.

–Me parece bien. Y... ¿puedo elegir ya a uno de esos ayudantes?

Pinkerton alzó hasta lo alto de la frente sus hirsutísimas cejas.

–¿Cómo? ¿Ya has pensado en alguien? ¡Pero si solo llevas tres minutos como delegado!

–Se trata de alguien de aquí, del circo. Puedo llamarlo ahora mismo para que lo conozca y le dé usted su aprobación. Me quedaría mucho más tranquilo.

El detective se rascó la nuca y luego abrió los brazos.

–¡Bien...! No veo por qué no. Adelante, preséntamelo.

Macallan abandonó el carromato con la promesa de regresar al cabo de un par de minutos.

LIBUERQUE

Al verse solo, Pinkerton no pudo evitar poner en marcha sus recursos de detective. Recorrió con la mirada, muy detenidamente, todo el interior del carromato de Macallan. Varias cosas le llamaron la atención pero, en especial, una espectacular silla de montar repujada en plata y cuidadosamente apoyada en un rincón. El orden y la limpieza en el interior de la vivienda móvil no eran muy esmerados, por decirlo de manera caritativa; sin embargo, se veía a las claras que aquella silla de montar recibía todas las atenciones posibles de su dueño. Cuero y metal brillaban como el astro rey.

También le llamó la atención un tríptico con los retratos de tres mujeres ciertamente hermosas. Cuando reconoció entre ellas a Kate Warne, supuso que las otras dos también habrían tenido una historia de amor con Macallan. Intuyó que la situada a la derecha podía ser la dueña del hotel de Elkhorn. Una hermosísima mujer de piel mestiza.

A Pinkerton, por su parte, se le hizo un nudo en la garganta al recordar a Kate. Sabía que difícilmente su agencia

volvería a contar con una detective como ella, capaz también de seleccionar con criterio y enseñar el oficio a otras mujeres.

En el mundo de la investigación privada y en el de los servicios de inteligencia, las maneras, artes y artimañas de las mujeres diferían notablemente de las de los hombres dedicados a las mismas actividades. Kate siempre dispuso de un talento natural para sacar el mejor partido a esas habilidades propias de detectives y espías femeninas. Por desgracia, murió pronto. Demasiado pronto incluso para un país donde la vida valía lo que una bala del cuarenta y cinco. De no haber sido así, seguramente su nombre habría aparecido en letras mucho mayores en los libros de historia.

De la niebla de los recuerdos lo sacó el sonido que Macallan produjo al subir de nuevo al carronato.

—Ah, ¿ya estás de vuelta? ¿Cómo es que regresas solo? ¿No has encontrado al tipo que buscabas?

—Claro que lo he encontrado. Lo tiene detrás de usted.

Pinkerton se volvió lentamente y, con gran sorpresa, descubrió tras de sí a un indio vestido de indio, de edad indefinida aunque, sin duda, mucho más joven que Macallan, y que le miraba con expresión neutra.

El detective sintió una notable desazón. Para llegar hasta allí, el indio, a la fuerza, tenía que haber pasado por su lado. Y él no se había percatado de ello. Supuso que los recuerdos de Kate Warne lo habían llevado a abstraerse de la realidad más de lo que pensaba.

—Un... indio —murmuró.

26 —Solo medio indio —aclaró Macallan—. Medio comanche, para ser exactos. Señor Pinkerton, le presento a mi amigo Libuerque.

El detective avanzó los dos pasos que le separaban del indio y le tendió la mano. Hasta entonces le había parecido un hombre bajo, pero, al erguirse para responder al saludo, descubrió que era mucho más alto de lo que aparentaba.

Libuerque le estrechó la mano con firmeza, pero no abrió la boca ni pretendió sonreír. Pinkerton se acercó después a Macallan.

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

—¿A qué se refiere?

—Llevarte a Kansas City a un indio como ayudante. Podría resultar incluso peligroso. Allí son muchos los que siguen pensando que el único indio bueno es el indio muerto.

Macallan sonrió.

—Libuerque solo parece indio cuando viste como un indio. Como ahora, que aún lleva el vestuario del espectáculo. Pero con chaleco y levita puede pasar perfectamente por un hombre blanco de piel tostada por el sol. Y vestido con las ropas que llevan los chinos, parece un oriental. Algo más difícil sería hacerle pasar por negro, pero, con suficiente maquillaje, no lo veo imposible.

Pinkerton tuvo que reconocer que el rostro del comanche era de líneas tan ambiguas, tan carente de rasgos diferenciales que, realmente, parecía el molde del que podía vaciarse la fisonomía de cualquier ser humano. El tipo de rostro que ningún testigo en un juicio es capaz de identificar con completa certeza.

—¿Sabe disparar? —preguntó, volviéndose hacia Macallan.

El antiguo espía sonrió ampliamente.

–Todos los actores de este espectáculo sabemos disparar. Él lo hace bien con ambas manos, tanto con rifle como con revólver. Y con el arco y el cuchillo es mucho mejor que yo, por descontado.

Pinkerton se giró hacia el indio dispuesto a formularle un par de preguntas, pero quedó perplejo al ver vacío el carronato.

–¡Qué demonios...! ¿Dónde se ha metido?

En ese instante, Libuerque se desplazó hacia su derecha y volvió a hacerse visible a los ojos del detective, que dio un respingo.

–¡Por todos los santos! –exclamó Pinkerton–. ¿Cómo ha hecho eso?

–¿El qué? –preguntó Macallan.

–¿Cómo el qué? ¡Había desaparecido! ¡Se había vuelto... invisible! Y de pronto, ahí está otra vez, como salido de la nada. ¿Qué significa esto? ¿Algún tipo de brujería comanche? No me gustan estas cosas, Mac, no me gustan.

Macallan negó con la cabeza.

–Nada de brujería. Simplemente, Libuerque tiene una habilidad natural para el camuflaje. Es capaz de mimetizarse con su entorno con gran eficacia, de modo que, cuando permanece inmóvil, suele pasar desapercibido para el común de la gente.

Pinkerton tragó saliva, sin apartar ni un instante la vista de Libuerque. Quizá temiendo que, si lo hacía, fuera a desaparecer de nuevo ante sus ojos.

28 –¿En serio? ¡Pero eso es algo asombroso! ¡Una maravillosa cualidad para un espía!

–También para un detective.

–¡Desde luego!

Allan Pinkerton se acercó a Macallan y lo tomó por los hombros.

–Magnífico. No hay mejor jefe que aquel que sabe escoger bien a sus hombres.

–¿Lo dice por mí o por usted?

–¡Lo digo por ambos! Sabía que no me equivocaba contigo y acabas de demostrármelo eligiendo a LinkedIn.

–Libuerque.

–¡Como sea! ¿Le has preguntado si quiere acompañarte a Kansas City?

–Lleva año y medio en el espectáculo. Está hasta las narices de que lo maten a tiros en cada función. Dice que le apetece cambiar de aires y actuar alguna vez en el bando de los buenos.

–¡Estupendo!

Entre muestras de alborozo, Pinkerton sacó de sus bolsillos otros dos ejemplares de contrato, hechos un rollo, y alisó el papel contra el canto de la mesa.

–Préstame un momento la pluma Waterman. Vamos a rellenar un contrato para tu amigo. Eso de Libuerque... ¿es nombre o apellido?

–Creo que es... todo –respondió Macallan en su lugar.

–Oh, bien. ¿Y cómo se escribe?

–Nadie lo sabe con certeza. Ni siquiera él mismo. Escríbalo como suena.

–De acuerdo... ¿Sabes firmar, Libuerque?

El comanche se limitó a tomar la estilográfica de manos de Pinkerton y observarla con científico detenimiento, moviéndola lentamente a dos dedos de sus pupilas. Luego,

sin haber despegado los labios, llevó la plumilla contra el papel y realizó una complicada rúbrica que, una vez terminada, recordaba con claridad el cuadro *El nacimiento de Venus*, de Botticelli.

–Bien –admitió Pinkerton–. Ahora tienes que firmar en todas las hojas de los dos ejemplares.

Libuerque obedeció, realizando filigranas primorosas, lo que le llevó un tiempo tan largo que Pinkerton calculó que le habría bastado para leer de cabo a rabo *Las aventuras de Tom Sawyer*.

Cuando el indio concluyó, Pinkerton firmó uno de los ejemplares y se lo entregó, mientras se guardaba el otro. Luego, le tendió a Macallan un pequeño estuche.

–Aquí tienes vuestras placas de detective y las llaves del piso de Kansas City. La dirección figura en el llavero.

Macallan lo abrió y tomó en la mano una de las cuatro placas de latón en forma de escudo de armas con las palabras «Pinkerton National Detective Agency». También sopesó el manojito de llaves, unido a un taco circular de madera en el que se representaba el emblema de la agencia: un ojo abierto, con la frase «We never sleep». En la parte posterior, alguien había escrito a lápiz una dirección: el número 221B de Holmes Street.

–Dentro de una semana confío en recibir desde allí un cable tuyo indicándome que la sucursal en Kansas de Detectives Pinkerton está ya operativa. En dos o tres meses os haré una visita para comprobar si todo va bien y echar las primeras cuentas.

–Hablando de cuentas... ¿Qué hay del dinero? –preguntó Macallan.

–¿Dinero?

–Para nuestros sueldos y los gastos que puedan surgir.

–Sí, claro: tenéis una línea de crédito abierta en la oficina más cercana del Trust Bank, en la misma calle Holmes. Mañana mismo les telegrafiaré para darte autorización hasta mil dólares. Si necesitas más, mándanos un cable aquí, a la central de Chicago, a la atención de John Scott. Y ahora, me voy, que me espera la familia para cenar. Suerte.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Con el indio Libuerque, Pinkerton se limitó a cruzar una mirada de hielo.

–Hasta pronto –dijo Macallan, sin saber que era la última vez que se verían.

LA GANGRENA

A la salida del gran circo, con el paso algo vacilante a causa del *whisky* ingerido, Allan Pinkerton se dirigió hacia su coche de caballos, tipo berlina, que le esperaba en las inmediaciones del recinto ferial.

Pese a la satisfacción que sentía por haberse hecho con los servicios de Macallan, su instinto le hizo sospechar enseguida que algo iba mal. Lo hizo al comprobar desde lejos la postura del cochero.

Pinkerton ralentizó el paso mientras de nuevo echaba mano al interior del gabán, ahora en busca de su revólver, que llevaba en una cartuchera enganchada al cinturón, casi a su espalda.

El detective era un hombre exquisito a quien le gustaba rodearse de objetos singulares. Del mismo modo que apreciaba un invento como el de la pluma-fuente de Waterman, su arma no podía ser una cualquiera. Desde hacía unos meses utilizaba uno de los Colt modelo 1873 Army, fabricados años atrás específicamente para los hombres del general Custer, con el nombre del mítico 7.º Regimiento de Caballería grabado en la empuñadura. Lo había comprado en una subasta del ejército junto a un documento que garantizaba que había pertenecido al capitán Thomas McDougall, uno de los oficiales abatidos por los indios en la batalla de Little Big Horn. Una auténtica pieza de coleccionista, de cañón corto y, por tanto, muy manejable.

Sin alterar el paso, Pinkerton lo desenfundó, manteniéndolo oculto a la vista.

—¡Ya estoy aquí, Bill! —exclamó, a treinta pasos del carruaje.

El cochero, sumido en la penumbra, alzó la mano para responder al saludo de su jefe, en lugar de despojarse de la chistera, como ambos tenían acordado a modo de contraseña.

Pinkerton no se lo pensó dos veces. De inmediato, enarboló el Colt y disparó sobre el hombre que, con un breve grito, cayó muerto al suelo desde el pescante.

Un instante después, se abrió la puerta de la berlina y un segundo sujeto salió del coche echándose a la cara un fusil de repetición.

El estampido del arma despertó a las palomas de toda la ciudad. Pero Pinkerton se había protegido tras un

grueso roble, cuyo tronco recibió los impactos a él destinados. Rápido de mente, Pinkerton supuso que eran tres sus atacantes. Tres fueron los hombres que atacaron a Macallan en Elkhorn y mataron a su mujer. Tres debían de ser también estos. Se desentendió un instante del hombre del rifle y escudriñó los alrededores. Lo vio enseguida, de reajo. Se acercaba por su izquierda, confiado en la distracción que ofrecía su compañero. Pinkerton amartilló el arma, siempre mirando al hombre de soslayo. De repente, se volvió hacia él, se incorporó sujetando el revólver con ambas manos e hizo fuego y diana. El sicario cayó sin un grito. De inmediato, ágil como una mangosta a pesar de su edad y su sobrepeso, Pinkerton aprovechó la fracción de segundo que el hombre del rifle perdió contemplando la muerte de su compañero para asomarse y disparar sobre él. Esta vez falló el tiro. El sicario corrió en su dirección y Pinkerton lo hizo hacia las casas del otro lado de la calle.

Al llegar a la acera tropezó con el bordillo y cayó de bruces. Eso le salvó la vida, pues un nuevo proyectil de Winchester pasó rozándole la espalda.

Al caer al suelo, Pinkerton se mordió la lengua. Gritó de dolor, mientras sentía cómo la boca se le llenaba de sangre; pero eso no le impidió revolverse, apuntar y volver a disparar. En esta ocasión, hizo blanco, dejando tendido en el suelo al tercer hombre, el que más cerca había estado de convertirse en su asesino.

Aquel sujeto, apellidado Rendshow, no llegó a saber que, indirectamente, había conseguido su objetivo.

Aunque recibió atención médica esa misma noche, la terrible herida de la lengua acabó por infectarse. Diez

días más tarde, Allan Pinkerton, fundador de la primera agencia de detectives y del primer servicio de inteligencia militar de los Estados Unidos, el escocés que en una ocasión salvó la vida del presidente Lincoln, moría en Chicago, a los sesenta y cinco años de edad, derrotado por la gangrena.